

ventos en la capital, sirviendo sus iglesias de parroquias; San Agustín cuatro casas con iglesias; la Merced dos; el Cármen uno y los padres de San Benito una iglesia y el hospicio. La compañía de Jesús contaba con la casa Profesa, otra de noviciados y dos seminarios; los juaninos tenían su convento é iglesia de precioso aspecto y los hipolitanos también tenían su casa y guardaban observancia religiosa, habiendo además tres hospitales de notable importancia.

Enumerábanse, al concluir el siglo XVII, quince conventos de monjas, contándose también como casa religiosa, el colegio de niñas de familias principales. La mayor parte de los edificios iban perdiendo ya su belleza arquitectónica, á consecuencia del ascenso que se iba dando á las calles para contrariar las inundaciones; pero los templos tenían retablos, imágenes y vasos sagrados que podían presentarse entre los mas lucidos de la cristiandad.

## VII.

Los escándalos y hechos tiránicos ocurridos en la capital en el siglo anterior, es verdad que no se reprodujeron, pero otros sucesos alteraron la tranquilidad, en cuyo seno marchaba México al progreso y al adelanto. Uno de estos fué el ocasionado por la sublevación de treinta y tres esclavos africanos, de los que en gran cantidad habían sido traídos á México desde los primeros años de la conquista, pues los mexicanos manifestaban marcadísima resistencia á las rudas y destructoras faenas de la minería.

El número de negros esclavos había crecido considerablemente al comenzar el siglo XVII, al grado que no había en la capital y en ciertas Provincias, familia acomodada que no los tuviera á su servicio, y recibían el trato que á su condición estaba reservado. Esto exasperó los ánimos é hizo que muchos negros se retiraran á los montes, donde fueron perseguidos, causando tal suceso sensación tan fuerte y alarma tanta, que el virey, para calmar los ánimos, mandó que en México, la capital, fueran azotados públicamente algunos negros que estaban presos por varios delitos.

Intentaron los negros sublevarse en distintas ocasiones, y cada vez que de ello se hablaba había alarma en la capital y se hacían mil comentarios, absurdos en su mayor parte. De aquí que se dictaran medidas de seguridad, que venían á aumentar el miedo y en la Semana Santa de 1612, se suspendieron las procesiones y otras fiestas acostumbradas, no encontrándose á las oraciones ni una sola persona en las calles, y llegó el terror á tal grado, que una piara de cerdos que por casualidad penetró á la capital la noche del Juéves Santo, alarmó á los vecinos é introdujo el pánico, creyéndose que ya habían penetrado á la ciudad los negros levantados.

Para calmar los ánimos y acobardar á los negros, la Audiencia hizo un ejemplar ruidoso, presenciando la capital una de las mas espantosas ejecuciones de que haya memoria, pues veintinueve negros y cuatro negras fueron ahorcados en un solo día y á la misma hora, en la Plaza Mayor, ante un inmenso gentío que contemplaba aquella extraordinaria matanza, verificada en treinta y tres horcas. Después el

hacha separó las cabezas de los troncos y fueron fijadas en picotas en la Plaza Mayor.

En el año de 1624 se conmovió la capital con un ruidoso pleito entre el virey que pretendía realizar rápidas é imprudentes reformas y el Arzobispo que consideró atropellados sus fueros. Ya entre las dos autoridades, la civil y la eclesiástica, habían mediado algunos motivos de disgusto, pues el virey, marqués de Gelves, había sostenido ciertas disposiciones que causaron perjuicio general, como la relativa á suspender las obras del desagüe y á romper el dique de Aculhuacan, lo que causó una inundación en México.

Además, habiendo encarecido los granos, toleró ó se coludió con un personaje de importancia, llamado Mejía, que los monopolizó y vendía tan caros, que el público se exasperó y el odio contra el virey subió de manera que cualquier pequeño incidente debía conducir á una conmoción pública.

Poco tardó en presentarse este caso, pues estando preso un rico llamado Veraez y habiendo recusado al juez, el virey le nombró otro y entretanto el reo, que estaba retraído en Sto. Domingo, se escapó; los jueces, ofendidos, decretaron el embargo de sus bienes y papeles, y reaprendido el reo fué encerrado en estrecha celda vigilada por arcabuceros.

Habiendo elevado Veraez un memorial al Arzobispo, reclamando la intervención eclesiástica y otorgada la protección, fueron desde luego excomulgados los arcabuceros; el virey ocurrió al delegado del Papa, en Puebla, y éste mandó al Arzobispo que levantara la excomunión; pero no fué obedecido y entonces el virey dictó duras providencias contra el prelado, presentándose así la causa inmediata del tumulto acaecido en 1624.

Pocos días después fué despedido bruscamente de Palacio el secretario del Arzobispo y el virey pretendió que un eclesiástico firmara un papel en que estaban escritas varias respuestas del mismo eclesiástico, lo que no quiso hacer el clérigo, alegando que le era preciso el consentimiento de su prelado; esta negativa le valió ser enviado preso á San Juan de Ulúa para que lo encerraran en una bartolina.

—Otro tanto he de hacer con el Arzobispo, murmuró el marqués de Gelves.

Al día siguiente fué reclamado el clérigo por el Arzobispo, quien hizo saber al virey, que había incurrido en las censuras de la bula de la Cena.

—Que mande por su clérigo á Ulúa, fué la contestación del marqués.

El virey reunió á varios letrados que opinaron porque el representante del rey no podía ser excomulgado, opinión contraria á la del Arzobispo y varios prelados. En esto habían quedado, cuando en 8 de Diciembre de 1624, al celebrarse en Catedral la solemne función de la Purísima, y al comenzar el sermón, el escribano Tobar, saltando sobre la multitud de devotos que llenaban el templo, subió al altar mayor á notificar al Arzobispo un auto del virey. El Arzobispo se resistió, los fieles se alarmaron y la misa acabó á toda prisa, sin que el predicador pu-



diera concluir su sermón. La conmoción pública fué inmensa, el marqués acudió al delegado de Puebla quien comisionó á un clérigo para que pusiera en obra las órdenes del virey, comenzando por arrojar del Arzobispado á todos los familiares y clérigos, embargando los bienes y muebles que encontrara.

Por su parte el Arzobispo mandó tocar *entredicho*, llenando de espanto á la población los toques pausados de las campanas que anunciaban el rompimiento entre el príncipe de la iglesia y el representante del rey. Al ejecutor no le impresionó el toque de las campanas, por el contrario, renovó su energía, cerrando y sellando las puertas del Arzobispado y estrayendo los muebles. El Arzobispo se presentó ante los oidores á pedir justicia, pero le dejaron solo en el salón y fueron á consultar con el virey, quien mandó su escribano para que notificara al Arzobispo: que si no volvía á su Palacio, incurriría en una multa de cuatro mil ducados. El Arzobispo se negó á obedecer y fué desterrado á San Juan de Ulúa, conduciéndosele en el coche del virey.

Los partidarios del Arzobispo se pusieron en movimiento y convinieron en que era importante ganar tiempo y demorarse en el camino, y así lo hicieron. Entretanto la Audiencia anuló el auto del virey y éste puso presos á los oidores, relatores y demás dependientes del tribunal y mandó un correo al capitán Armenteros para que hiciera salir violentamente al Arzobispo de los límites de las diócesis. Todo esto lo supo el Arzobispo en San Juan Teotihuacan; allí despachó y envió á México dos edictos, en uno de los cuales excomulgaba al virey y en el otro intimaba la cesación *á divinis*, y escapándose repentinamente del poder del capitán, á cuyo cargo iba, se refugió en la iglesia de franciscanos, se revistió los atavíos pontificales y colocando al Divinísimo Sacramento en una custodia que tomó en sus manos, se puso en actitud resuelta en el altar mayor. El capitán, al saber que su prisionero estaba en la iglesia, fué á buscarlo y con la espada desnuda llegó hasta el altar mayor; pero el semblante sereno, la actitud resuelta y el respeto que inspiraba el Sacramento, impresionaron de tal manera el ánimo del capitán, que bajó la punta de la espada y suplicó al Arzobispo que le siguiera; permaneciendo éste firme en su idea de no ceder sino á la fuerza y amotinándose los indígenas, Armenteros tuvo que despachar un correo á México, informando de lo que había pasado y aun intervino para que el virey hiciera regresar á la capital al prelado.

Entretanto en México se cumplía el edicto del Arzobispo, cesó el toque de las campanas, fueron cerradas las iglesias, dejó de decirse misa y tal aspecto tomó la ciudad, que pareció haber acaecido el mayor de los males públicos. En la puerta de Catedral fué fijada la tablilla con la excomunión del virey, y la gente se agolpaba para leerla, cuando atravesando por la plaza el escribano Osorio fué agredido por la multitud, salió la guardia de Palacio para calmar el tumulto que aumentó y era tal la lluvia de piedras, que tuvieron los soldados que retirarse y cerrar las puertas de Palacio. En la azotea de este edificio se situó un clarín y daba los toques que entonces se llamaban de *rebato*; pronto toda la ciudad se vió invadida por la plebe que gritaba: ¡Abajo el hereje! ¡Muera el luterano! ¡Viva la Igle-

sia! y á la vez acudían á Palacio las autoridades, los empleados y mucha parte de la nobleza y suplicaban al marqués que levantara el destierro al Arzobispo y le dejara regresar á México, con lo cual todo volvería á quedar tranquilo. Muy á su pesar accedió el virey, quien también publicó el perdón de todos los amotinados y dió la orden para que regresara á la capital el Arzobispo D. Juan Pérez de la Serna.

Los gritos y las vociferaciones continuaron; se pedía que la Audiencia reasumiera el gobierno, que se abrieran las iglesias y como las masas nunca se detienen en sus exigencias, llegaron á pedir que se abriera la cárcel pública; el virey armó á los criados y dependientes y subiendo á la azotea con la tropa, intimó rendición y obediencia á los conjurados, que le contestaron con pedradas y *mueras*, por lo que enfurecido mandó hacer fuego, cayendo muertas ó heridas mas de cien personas.

Dos emisarios parten á llamar al Arzobispo que encontraron ya de regreso, entre las ovaciones de los fieles desde San Juan hasta México; en esta capital salieron á encontrarlo, en procesión, multitud de personas que se adelantaron con hachones hasta la Villa de Guadalupe, á donde llegó el prelado á las once y media de la noche; á las doce entró á la capital, cuyas ventanas y balcones estaban abiertos é iluminados, las campanas repicaban á vuelo y por todas partes se oían gritos y aclamaciones en favor del que cautivo poco ántes, ahora se presentaba dueño de las voluntades.

El Arzobispo fué el único que pudo calmar el tumulto, no habiéndole valido al marqués de Gelves, ni presentar la bandera de Castilla, pues un clérigo consiguió una escalera, y subiéndose al balcón desprendió esa real insignia; la plebe llegó á incendiar las puertas del Palacio; la prisión fué puesta en libertad y el virey tuvo que refugiarse en San Francisco, donde permaneció hasta que se fué para España.

La calle de D. Juan Manuel fué una de las mas notables en ese siglo por la impresión de terror que dejó en los ánimos. Díjose que todas las noches se encontraba en dicha calle uno ó algunos cadáveres, fruto de misteriosos asesinatos cometidos por aquel célebre personaje. En esa calle, que hoy es una de las mas bellas y elegantes de la capital, había en el año de 1636 uno que otro edificio grande, junto á los de un solo piso y de construcción defectuosa.

D. Juan Manuel, que ha llegado á ser un individuo legendario, vivía retraído, entraba al Palacio del virey por la noche, entre las tinieblas y á semejanza de una sombra, pero nadie le veía salir; atribuíansele virtudes y defectos, calificándole de caritativo y extremadamente celoso, pero siempre permanecía envuelto en el misterio y á los celos se achacan los asesinatos de que le hacen responsable las crónicas, asegurando éstas que diariamente aparecía por lo ménos un cadáver en la famosa calle de D. Juan Manuel, quien acabó sus días en la horca, en la noche, de una manera repentina, atribuyéndose tal circunstancia á que el virey quiso evitar el escándalo de un juicio criminal contra un noble, amigo suyo.



El Tapado, sobrenombre que llevó D. Antonio de Benavides, fué otro personaje que causó intranquilidad en la capital durante algun tiempo. Presentóse en calidad de Visitador, poco ántes del ataque que los piratas acaudillados por Lorencillo, dieron á Veracruz. El Visitador fué preso en Puebla y tanto se habló de las causas de este paso y de los motivos que determinaron al Virey y á la Audiencia á darlo, que en el público, por la misteriosa conducta que observaba Benavides, se le comenzó á llamar "El Tapado." Hizo mucho efecto en la imaginacion del pueblo, que el preso entrara á la capital al oscurecer, entre alguaciles, embozado en una gran capa negra y montado en una mula, y que fuera encerrado en un calabozo consignándolo á la sala del crimen para que lo juzgara. El Tapado, no queriendo declarar cosa alguna, fué sujetado al tormento que no le arrancó ni una sola palabra que se tradujera por confesion, ni aun la mas insignificante. Aun duró en la prision mas de un año, y al fin fué ahorcado el 14 de Julio de 1684; el verdugo le cortó las manos y la cabeza, clavó una de esas en la horca y la otra fué puesta en un cajon con la cabeza, enviándolas á Puebla. Nada más se supo del misterioso personaje, ni cual fué el crimen que pagó con la vida.

## MEXICO EN EL SIGLO XVIII.

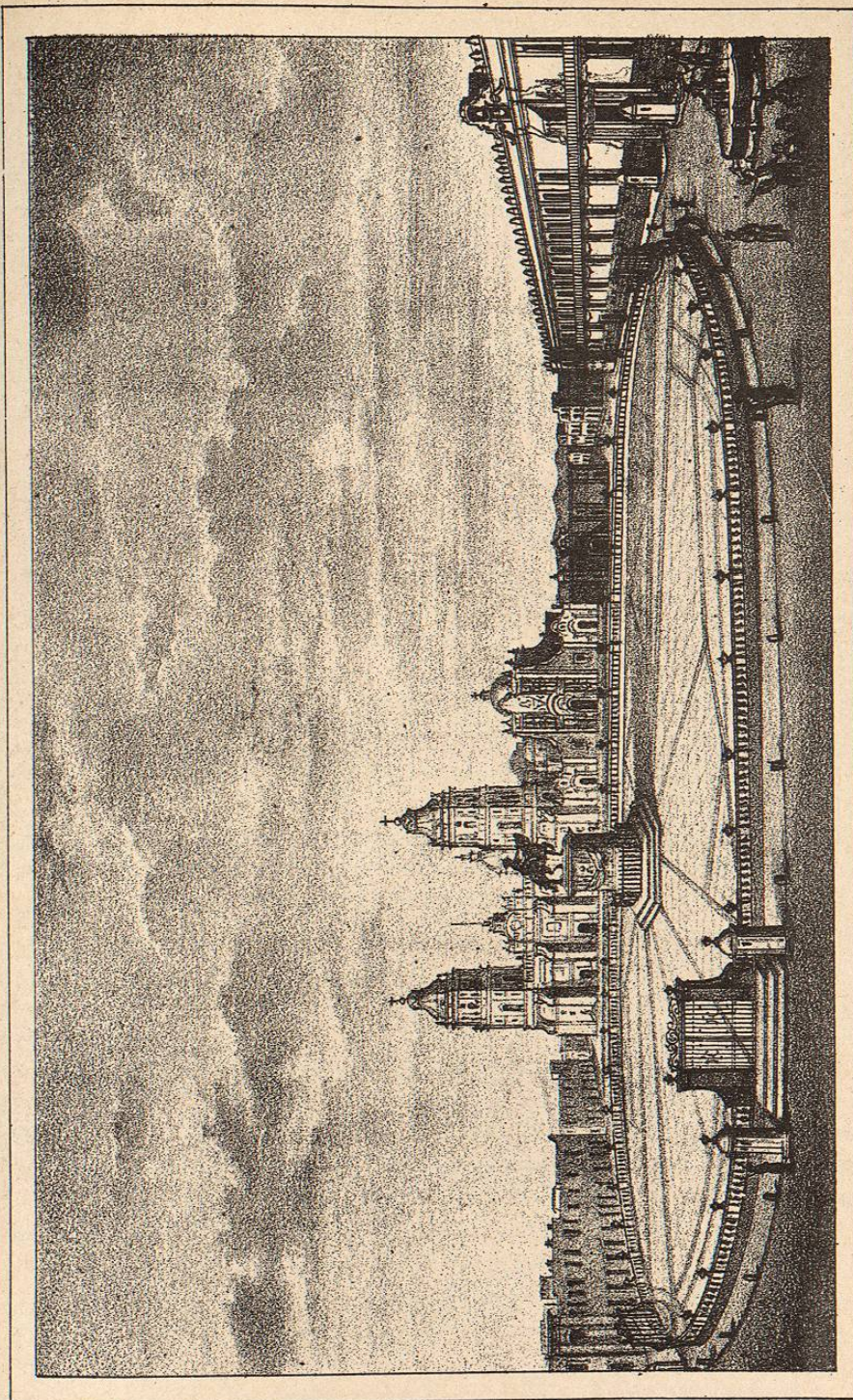
### VIII.

A mediados del siglo XVIII la ciudad tenia un aspecto muy distinto del que guardó en sus primeros dias; contaba ochenta y cuatro templos en el centro y extramuros, con multitud de conventos y capillas, afeándola únicamente las muchas ruinas de edificios que habian pertenecido á mayorazgos y que por abandono ó por falta de recursos no habian sido reedificados. En la plaza apareció una estatua ecuestre en 1756, pero fué solamente provisional, de yeso y madera mientras se fundia la de bronce. Poco duró, pues habiéndosele caído al caballo la cabeza, se cubrió el pedestal con vigas.

Habia entónces en México once templos de clérigos, cuatro conventos de dominicos, diez de franciscanos, siete de agustinos, tres del órden militar de la Merced, dos de carmelitas descalzos, cuatro de jesuitas, dos de juaninos, uno de belemitas, tres de hipolitanos y diez y nueve conventos de monjas; dos colegios de niñas. Tenia ya siete hospitales, la iglesia de la Universidad y nueve colegios en los que se educaban anualmente multitud de niños.

Ya los españoles europeos ó criollos ascendian en México á cincuenta mil y los mestizos, mulatos y negros á cuarenta mil, siendo solamente ocho mil los indígenas que vivian dentro y fuera de la ciudad, en los barrios y en las parcialidades respectivas. En 1750 necesitaba México, la ciudad, anualmente para su abasto, trescientos mil carneros, quince mil quinientas cabezas de ganado mayor y cerca de veinticinco mil de cerda.

México Pintoresco. = Introducción



LIT. DE MURQUIA

SIGLO XVIII.

Vista del Palacio Nacional, de la Catedral, del Parian y estatua de Carlos IV, al concluir ese siglo.